

(TRES PLIEGOS)



EPISODIOS

DE LA

GUERRA DE ESPAÑA CON MARRUECOS

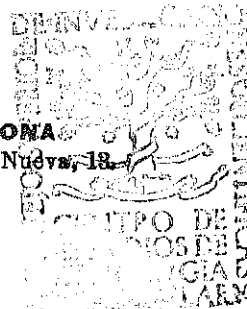
Ó SEA

JULIO Y ZORAIDA

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arsenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 18.





EPISODIOS DE LA GUERRA DE ESPAÑA

CON MARRUECOS,

ó sea

JULIO Y ZORAIDA.



CAPITULO PRIMERO.

Descripcion de la Casa del Renegado. —Entrevista de Zoraida y Julio, sus amores, sus promesas y juramentos delante de Alíatar, padre de aquella. —Muley-el-Abbas manda al Renegado pasar á Tánger, y este lo vérifica.

A poco mas de una legua de la plaza de Ceuta, y en la cresta ó cima de una encumbrada montaña, se deja ver un modesto edificio que á pesar de resentirse de pertenecer á una remota época, no por eso deja de llamar la atencion, ya por la pintoresca situacion que ocupa, ya por lo vistoso y bien conservado que en la actualidad se encuentra; sus sólidas paredes fabricadas de granito de que abundan aquellas tierras, se hallan embarnizadas de un matiz blanco que apenas las continuadas lluvias y los borrascosos temporales que son frecuentes en aquel país, las hace perder su esplendente blancura, dando tal realce al edificio, que contemplado desde el mar ó la llanura, se asemeja á un cisne sobre la copa de un gigantesco arbusto ó á un copo de nieve en la cumbre del Apenino; los viajeros que le distinguen desde el Estrecho, ó los que caminan por los valles en direccion de Ceuta ó Tetuan no pueden menos de fijar la vista en aquella casa desde cuyas ventanas y almenas se mira perfectamente el Estrecho frecuentemente alborotado, y una cordillera de montañas y valles enlazados, cuya asombrosa vejetacion sobre una verde alfombra matizada de flores silvestres forma uno de los mas bellos paisajes que pudiera servir de tipo á la grande imaginacion de Murillo; efectivamente, al mas acreditado pincel no le seria fácil describir ni acercar á la realidad el bellissimo cuadro que ofrece la Casa del Renegado, pues que así se denomina la que vamos bosquejando, desde la que se divisa el estrecho de Gibraltar y hasta las torres de Algeciras, Ceuta, el campo llamado neutral con su casa fuerte titu-

lada el Serrallo, y la agreste cuanto pintoresca sierra de Bullones, célebre baluarte en que las huestes marroquíes se figuraron sepultar á nuestras invencibles falanjes en el año de 1860.

Bosquejada, aunque sucintamente, dicha casa, ó por mejor decir, el fantástico aspecto que presenta su exterior, delinearemos lo mas notable de su interior, en cuyas habitaciones, consagradas muchos años al luto, á la contemplacion y al misterio, van á pasar interesantes escenas que tienen una conexion íntima con todos los accidentes ocurridos en la gloriosa campaña que con tanta gloria ha sostenido el ejército español desde últimos del año 1859 hasta Marzo del siguiente 1860. Una pequeña puerta de roble mas notable por la fortaleza de sus formidables tablones que por el mérito artístico, daba entrada á un espacioso portal simétricamente embaldosado; dos puertecitas de nogal situadas á derecha é izquierda de esta pieza daban paso á dos habitaciones bajas hechas á propósito para hacer mas llevadero el excesivo calor que se observa en aquel país en las primaveras y veranos; una corta galería conducia á la cocina, teniendo sobre su derecha una cómoda escalinata para subir á las habitaciones altas ó sea al único piso de que se componia el edificio, pasada una pequeña antesala con vistas al mar, se entraba en un espacioso salon en cuyas blanquísimas paredes se veian esculpidas algunas figuras arabescas, un grande espejo con marco de palo de rosa, una mesita de caoba, una cómoda y algunos almohadones de damasco colocados sobre una alfombra bastante bien trabajada, eran los únicos muebles que se observaban en aquella habitacion destinada, al parecer, para mansion predilecta de los dueños que habitaban aquel misterioso edificio.

En una de las calurosas noches del mes de Agosto de 1859, tres personajes, á cual mas simpáticos, se hallaban en esta sala, que aunque débilmente alumbrada por solo una bugía, era lo suficiente para distinguir cómodamente las facciones, los movimientos y aun la más leve impresion de las tres personas á que aludimos; representaba la primera de cincuenta y ocho á sesenta años, aunque la larga, poblada y nehada barba que cubria la mayor parte de su rostro moreno y surcado, le hacian parecer de mayor edad, á no haber desmentido esta congetura la robustez que se le notaba, que unida á una voz sonora, magestuosa, y varonil, demostraba una gran firmeza de carácter á la par de una salud á toda prueba, que no habian podido quebrantar ni los infortunios ni el tiempo: á su lado se hallaba un jóven de diez y siete á diez y ocho años, de ojos negros y graciosamente rasgados, arqueadas cejas, frente espaciosa y afilada nariz, resaltando el rosado color de sus mejillas y el delicado carmin de sus labios y su faz apacible y dulce, aunque de un graciosísimo moreno;

su talle era esbelto y flexible; sus torneados brazos sostenian unas manos pequeñas y esmeradamente cuidadas, cuya perfeccion solo podia compararse con el sutil y ligero pié de aquella encantadora criatura; vestía una hermosa bata de raso morado con guarniciones de terciopelo y abrochada con trencillas de seda negra figurando el bordado de un dorman de nuestros húsares; sujeta en su larga y poblada cabellera repartidas en trenzas con alfileres de oro en cuyos redondos y abultados remates brillaban algunas perlas, que cayendo graciosamente sobre aquella bellísima cabeza, la daban un realce encantador que hermanaba perfectamente con el conjunto de aquella lindísima figura; el anciano vestía un traje moruno, distinguiéndose de los que usa la generalidad por la finísima tela de que se componía, demostrando así el que su dueño pertenecía á la clase elevada del imperio, bien por sus riquezas, bien por su posicion oficial en el gobierno del emperador; los dos se hallaban sentados sobre los almoadones de damasco, segun acostumbran las personas distinguidas de aquel país, en que es desconocida la sillería, al menos para el uso de sus naturales; á su frente y de pié se hallaba un gallardo mancebo de estatura regular, delgado de talle y delicadas formas, que unidas á la bella fisonomía de que se hallaba adornado, daban á conocer que aquella interesante figura, á quien apenas apuntaba el bozo, encerraba un corazon grandioso capaz de las mas nobles y elevadas acciones; vestía el uniforme de uno de los regimientos de cazadores españoles, y por sus insignias se dejaba ver que habia llegado á teniente; un sable y el revolver eran las únicas armas que se le notaban; los tres personajes se contemplaban silenciosos y como asombrados de mirarse; el mas anciano rompió, por fin, el silencio y dirigiéndose con dulzura al jóven oficial, le dijo:

—No estrañes, querido Julio, que al verte en esta ocasion y en esta casa nos haya sorprendido de manera que embargada la voz por la sorpresa, y oprimido el corazon por un sentimiento de amor hácia tí, que acaso ignoras el grande peligro en que te hallas, apenas nos ha permitido saludarte y recibirte con el cordial afecto que siempre has notado en nosotros; te estoy mirando y apenas puedo creer hayas podido llegar hasta aquí sin haber sido destrozado por esas feroces kabilas que infestan las sierras, y aun no hace cuarenta y ocho horas se han atrevido á insultar el pabellon español, arrancando sus armas de los pilares de demarcacion de los campos; ¿cómo, pues, á vista de este atentado, te has atrevido temerariamente á atravesar esta montaña por medio de esas hordas salvajes que desconocen el honor y no tienen á otra cosa que á satisfacer su instinto sanguinario?

La jóven palideció al escuchar las justas observaciones del anciano; pero el oficial pudo sacarla de aquella angustiada situa-

cion respondiéndolo con calma y la mayor sangre fría de este modo:

—Tranquilizaos, pues, respectable Aliatar, no he corrido el menor riesgo; las kabilas se hallan agrupadas alrededor del Serrallo, creyendo que de un momento á otro debe ser atacado aquel punto en justo desagravio de las ofensas que nos han inferido; por consecuencia, he encontrado el camino espedito hasta aquí, aunque buscando para llegar los sitios mas estraviados y que menos frecuentan esas turbas selváticas: ¡tenia tanto deseo de veros! por otra parte, tal vez se acerque el momento que debamos separarnos para siempre.

—¡Para siempre! exclamó la jóven con dolorosa voz.

—Sí, amable Zoraida, para siempre ó al menos por un término difícil de señalar, repuso el oficial: el fanatismo de vuestros compatriotas, el ódio eterno liácia el pueblo español y la falta de energía de vuestro gobierno tal vez obliguen al de España á tomar sériamente la demanda contra los reiterados agravios que, sin el menor motivo, nos hacen vuestros paisanos; los españoles somos, por naturaleza, generosos, indulgentes y hasta sufridos; pero el dia que se colma la medida y se apura el sufrimiento, recordamos que somos hijos de Viriato y de Pelayo, vencedores una y mil veces en los dos mundos; y en este caso, ¿cómo podremos volvernos á ver en mucho tiempo ó acaso hasta la eternidad? Mi deber como español, como oficial de un ejército invencible, me impone la sagrada obligacion de combatir por mi patria, por mi religion y por mi reina; el dia, tal vez cercano, en que el parche y el clarín anuncien el momento de la venganza, correré á los combates y serán mis enemigos todos los que profesan la religion mahometana; serán...

El anciano y su hija se levantaron, y abrazando al jóven oficial; le interperlaron así con la mayor dulzura:

—¿Y nosotros entraremos en ese número?

—¡Os quiero tanto!... repuso el oficial.

—No, hijo mio, jamás podemos ser enemigos nosotros, contestó el anciano enternecido; hay un misterio que nos divide; pero no un abismo que nos aparta; hay un velo que nos oculta, pero no un imposible que nos separe, tal vez se acerca la hora en que cese el infortunio y renazca la felicidad; vosotros dos, dijo á los jóvenes que apretaba contra su pecho, sereis el báculo de mi vejez, el consuelo del resto de mis dias, el dulce encanto de mis ensueños, la única esperanza que me sostenga en la tierra.

Los tres personajes abrazados vertian las hechiceras lágrimas de la ternura y no el amargo llanto del sufrimiento y la pena. En este supremo momento de amor y confianza que los tenia estasiados, se oyó aunque á lo lejos, el relincho de algunos caballos y el ruido de algunas personas: Aliatar condujo á los dos jóvenes á una pieza inmediata, y dirigiéndose al oficial despues de entrados en ella, le dijo:

—Coge de la mano á Zoraida y nada temas de lo que vas a ver, pues voy á salvarte. Y salió de la estancia cerrando tras sí la pequeña puerta que la separaba del salon que acababan de abandonar. Atravesó con precipitacion, y saliendo á un pasillo ó tránsito para otras habitaciones, cogió una argolla clavada en la pared, de la que pendia un gran caldero de hierro, y forcejeando como en ademan de sacarla, cedió el argollon, pero sin salirse de la pared en que se hallaba clavado: en este momento principió á moverse el piso de la estancia en que se hallaba Julio y Zoraida, y esta le dijo apretándole la mano: «nada temas, pues vas conmigo.» El piso entero principió á bajar sin el menor estrépito, y á poco rato volvió á quedar sentado sobre un suelo húmedo y frio á veinte varas de profundidad del primordial sitio que ocupaba. Julio, asombrado de aquella maniobra, que le era enteramente desconocida, se hallaba en la mas completa oscuridad, juzgando haber bajado al abismo, hasta que su tierna compañera le hizo distinguir, aunque á lo lejos, una opaca luz cuyo pálido reflejo le hizo conocer se hallaba en un subterráneo. Zoraida le condujo de la mano hasta que salieron del piso de tablones unidos en que habian bajado, y se dirigieron hácia el sitio donde se divisaba la luz, en cuyo tránsito les dejaremos para ocuparnos de Aliatar, que aun subsistia asido de la argolla que habia motivado aquella descension, que tornó á empujarla, pero al revés como si fuese á introducirla en la pared, dejándola, por último, en el mismo estado en que la habia encontrado antes de moverla. Practicada esta operacion se volvió al salon de recibimiento, y abrió la puerta de la estancia en que habia encerrado á Zoraida y Julio; los dos habian desaparecido de ella, pero nada se notaba en lo demas, pues que el piso, paredes y cielo se hallaban en el mismo estado que cuando les introdujo en ella, sin la mas pequeña señal de haber sufrido el menor movimiento ni alteracion. Aliatar, volvió á sentarse tranquilamente sobre el blando almohadon que poco antes habia ocupado, y esperó con sosiego la llegada de la gente que ya se sentia á la inmediacion de la casa: á poco rato se apeaban á la puerta tres ginetes, que por sus trajes y armamento daban á conocer ser moros de rey, ó llámense soldados del emperador ó sultan que manda en Marruecos. Se sintieron algunos recios golpes en la puerta principal, y una voz firme que respondia desde la casa, preguntaba á los que así llamaban, qué gente y qué buscan á aquellas horas. Los de afuera respondieron:

—Somos enviados por el gobernador de Tánger con un pliego que el califa envia al sábio Aliatar, dueño de esta casa.

Los cerrojos de la puerta se corrieron girando aquella sobre sus goznes y permitiendo la entrada á sus mensajeros; un robusto negro era, al parecer, el portero, pues fué el que abrió la puerta á los recién llegados: solo uno de ellos entró en el portal, suplicando al negro le

condujera á presencia de su señor. Subieron la escalinata, y el moro de rey se vió en presencia de Aliatar, á quien despues de saludar con el mayor respeto, entregó un pliego cerrado y sellado que el anciano abrió con precipitacion repasando su contenido con la mayor celeridad y presteza; en seguida sacó de la cómoda recado de escribir, y en un pliego de papel satinado trazó algunas líneas cuyo contenido ignoramos: cerró el pliego y se le entregó al emisario, diciéndole:

—Mañana temprano debe hallarse en manos del señor gobernador; conque apresuraos á partir para Tánger.

El moro salió precipitadamente de la casa y se unió á los dos compañeros que le esperaban á la puerta. Un momento despues se escuchaba la rápida carrera de tres lijeros corceles que con la agilidad del gamo trepaban la montaña en direccion á Tánger. Aliatar volvió á salir del salon, asiendo por segunda vez la prodigiosa argolla que habia causado el descenso de Julio y Zoraida, pero en esta ocasion tuvo que intervenir una segunda persona, que fué el negro que acababa de presentarse á su señor despues de haber despedido á los tres moros y vuelto á cerrar la puerta de la casa.

—Cárlas, le dijo Aliatar, necesito bajar al subterráneo donde se hallan Zoraida y Julio; dentro de media hora vuelve á tocar el resorte y restitúyenos á este piso.

El negro tomó la argolla que abandonó el anciano para introducirse en el misterioso retrete subterráneo. Pocos momentos despues se hallaba en el mismo sitio en que se encontraban los dos jóvenes; estos se hallaban arrodillados al pie de una urna funeraria, y parecian dirigir fervientes votos al eterno por el alma de aquel ser que reposaba en la urna el último sueño. Aliatar llegó sin ser sentido á la inmediacion de los dos jóvenes que contemplaba con emocion y ternura. Julio que aun tenia asida la mano de Zoraida, la preguntó en este instante:

—¿A quién diriges tus oraciones? ¿Por el bienestar del que descansa en este sepulcro? ¿Es acaso al falso profeta al que remites tus súplicas demandando la salvacion del que yace en esta tumba?

Zoraida, que oraba fervorosamente, le señaló sin contestar un gran paño de damasco negro que cubria la pared que enfrentaba con ellos y el sepulcro, tiró de un cordon colocado á la derecha de la urna, y de repente se alzó aquel telon de luto, descubriendo un altar con el Señor Crucificado y la santa Imágen de la Concepcion. Petrificado el jóven oficial con tan sorprendente cuanto inesperada mutacion, prorumpió en un llanto religioso que marcaba perfectamente el que habia nacido en el seno del cristianismo y en la católica España. La encantadora Zoraida tambien vertia copiosas lágrimas, que se confundian con las del jóven guerrero, el que dirigiéndose al Crucifijo exclamó con entusiasmo:

—¡Vos sois el Hijo de Dios enviado á la tierra para redimir á los mor-

tales! ¡Vos solo el redentor del mundo! ¡Vos y vuestra Santísima Madre, el dulce consuelo de los afligidos, y por vuestra religion, que es la mia y la de mis padres, verteré hasta la última gota de mi sangre llevando el pendon de la fe hasta los confines del Africa! ¿Por qué, oh Señor, no haceis cristiana tambien á esta angelical criatura que es la mitad de mi existencia?

—¡Oh Julio! exclamó la jóven, tambien ese divino Señor es el Dios de mis padres y el mio; y la religion católica, la única que me han enseñado y profesado de todo corazon.

—Angel mio, repuso Julio radiante de alegría, ya nada puede separar nuestros corazones; nadie, nadie me disputará una mano que me pertenece y una union que el cielo bendice. ¿Me la ofreces?

—Sí, querido Julio, respondió la jóven; te lo juro poniendo por testigo á las sagradas Imágenes á cuyos pies oramos.

Aliatar, que apenas podia contener los sollozos á vista de este cuadro interesante, se presentó á los jóvenes y bendijo los votos que acababan de hacer al pie de los altares. Repuestos de las fuertes emociones que habian sufrido en un cortísimo período, tomó la palabra Aliatar diciendo:

—Salgamos de este santo y venerando asilo para conservar las vidas que debemos consagrar á la propagacion de la fe y á la defensa de la patria: dentro de breves dias las invencibles falanges de la segunda Isabel, penetrarán en este territorio, y el estruendo de sus cañones y el belicoso son de sus trompetas y tambores privarán del sueño á los descreídos que se han atrevido á insultar á la nacion más grande de la tierra. Tú, hijo mio, antes de amaneecer debes de hallarte dentro de los muros de Ceuta, pues allí te llama tu deber y tu gloriosa carrera; entretanto no me pidas esplicaciones de los misterios que has visto en esta noche; un dia los sabrás, y en ese dia serás dueño de la mano de Zoraida, mano que te he ofrecido y te ha ofrecido ella delante de Dios. Al dirigirte á Ceuta, huye cuanto puedas de las inmediaciones del Serrallo, que caminando así no hallarás el menor obstáculo que te imposibilite el regresar á la ciudad. Yo aun tengo que llenar algunos deberes como caballero y como hombre agradecido, y esto solo me priva de señalar el tiempo que tardaremos en volvernos á ver: no vengas hasta que yo te avise á estos lugares, que sin duda serian tu sepultura; Zoraida queda, como siempre, confiada á mi paternal desvelo; te cumpliré cuanto te he ofrecido; vamos y confíemos en Dios.

Los tres personajes atravesaron el subterráneo, y colocándose en el tablado en que habian bajado, tornaron á subir hasta encontrarse en el misterioso retrete, desde el que salieron al salon de recibimiento; en este se reiteraron las promesas, y el llanto, y una tierna despedida puso fin á aquellas magnificas escenas que tanto abaten, animan y exaltan á los corazones que se aman. A los pocos instantes,

Julio se deslizaba silencioso por entre el musgo y ramaje de la sierra en direccion á Ceuta, á cuyo punto llegó sin novedad antes de amanecer: á esta misma hora, Aliatar se despedía de su hija, encargando su custodia y cuidado á Marta y Julian, que con el negro Carlos eran los únicos sirvientes que tenia la casa; el último debía acompañar á su anciano amo en su viaje; los dos cabalgaron sobre dos hermosos caballos árabes, y desaparecieron con velocidad de la vista de los que, aun desde las ventanas de la casa, les saludaban agitando los pañuelos.

CAPITULO II.

Llegada de Aliatar á Tánger.—Declaracion de guerra á Marruecos.—Dan principio las operaciones militares.

Antes de ponerse el sol en las costas de Africa, Aliatar y su escudero entraban por las puertas de Tánger dirigiéndose á la Alcazaba; el mes de Setiembre de 1859 terminaba el mismo dia en que la bella Zoraida se habia despedido de su padre y de su amante, quedando triste, pensativa y llorosa, encerrada en el fondo de la casa titulada del Renegado.

En una de las casas mas inmediatas al palacio en que residen las personas reales cuando se hallan en Tánger, entraron los dos viajeros sin duda para mudar los trajes de camino y tomar algun reparo. Ya bien entrada la noche, el anciano Aliatar se dirigió á la Alcazaba, y anunciándose al jefe de la guardia, fué conducido á la presencia del gran califa Muley-el-Abbas; este le recibió con la mayor amabilidad, y aun le alargó la mano como amigo, diciéndole:

—Os he enviado á llamar, oh sabio Aliatar, porque necesito de vuestros consejos; el cariño que me profesais hace treinta años, la amistad y el esquisito tacto con que sabeis dirigir las empresas más arduas y difíciles, me han impelido á sacaros de vuestro retiro trayéndoos á mi lado. Ya sabeis que las kabilas indisciplinadas que habitan las montañas contiguas á Ceuta, tomando ejemplo de las belicosas y feroces que residen en el Riff, han traspasado los límites que les permiten los tratados internacionales, insultando al pabellon español, hollando las armas que dividian los dos campos, y haciendo fuego á la plaza de Ceuta; estos ataques ocurridos el 10 y el 24 de Agosto han obligado al gobierno español á exigir de nosotros satisfacciones y garantías que, al parecer del gobierno de mi hermano el emperador, son humillantes, y aun imposible de concederse, máxime en una época en que se le disputa el cetro de Marruecos; por ora

parte, la encarnizada lucha de los partidos políticos de España sostiene la esperanza de nuestro gobierno respecto á la imposibilidad en que se halla aquella nacion de hacer una guerra con ventaja, hallándose hondamente dividida, falta de recursos, y necesitando un ejército para contener á los ambiciosos y descontentos. Tú, oh Aliatar, que has pertenecido á esa nacion y sido victima de estas divisiones ensangrentadas, podrás orientarnos de la verdad, manifestando con la franqueza que te es característica, si la España se halla en la ventajosa posicion de poder enviar sus ejércitos á este país, en que el clima, la falta de recursos y nuestro modo de pelear concluiría con ellos.

— Señor, respondió Aliatar, el cariño que os profeso, el agradecimiento hacía vuestra persona á quien debo la vida despues de Dios, y mi misma conciencia me obligan á hablar con la sinceridad que acostumbran los de mi país, sin otras miras que decir la verdad y ver si con ella puedo evitar los desastres y la sangre en un territorio que me ha servido de patria por espacio de treinta y siete años. Los continuados insultos hechos al pabellon español en toda época por las kabilas que habitan las montañas han pasado desapercibidos, ó no han llamado la atencion, hasta ahora, de los gobiernos de España; pero en el dia, las circunstancias han variado en un todo, y dudo mucho que las desagradables ocurrencias del 10 y 24 del mes anterior no arrastren tras sí la guerra que han provocado, y que no eludireis á no ser por vuestro gobierno dé cuantas satisfacciones y garantías exige el de España; este, á cuya cabeza se halla un bizarro y entendido general, ha enarbolado la bandera de union y moralidad, á cuyo derredor se ha agrupado la nacion entera, con ligeras excepciones; su política tolerante y conciliadora ha hecho que desaparezcan los partidos políticos ó que mitiguen sus acaloradas pretensiones; su moralidad ha restituido al Erario el crédito y la abundancia, y su ejército puede, sin duda, competir en valor y disciplina con los mejores del mundo: tal es hoy el estado en que se encuentra la nacion á quien se ha insultado por esas ingobernables hordas de salvajes, cuyas demasías son ofensivas hasta á la dignidad de vuestro hermano y su gobierno. Desde el año de 1820 hasta hace poco tiempo es innegable que la nacion española, dividida en partidos, se ha destrozado lastimosamente, debilitando su poder hasta lo infinito, y regando con la sangre de sus hijos el fértil suelo con que el cielo la ha dotado; estos desastres me obligaron á emigrar de ella en 1823, y no he querido volverla á pisar, porque durante tan larguísimo período no han desaparecido las intestinas luchas que la han afligido hasta el dia, en que un genio superior va calmando las pasiones y uniendo los partidos de que abundaba: aun cuando existieran, los veríais unidos en el momento en que como ahora, se ha ajado su pabellon, y todos corre-

rian á las armas para castigar los ultrajes que se hubiesen inferido á la bandera que con tanta gloria tremola en los Dos-Mundos. No olvidéis, señor, el patriotismo que en toda época han desplegado los españoles cuando se trata de su honra ó su independencia; vuestros abuelos fueron testigos de esta innegable verdad, y los padres de los conquistadores de la Argelia quedaron sepultados en España despues de haber vencido á la mayor parte de los ejércitos de toda la Europa.

Muley-el-Abbas escuchó atentamente al anciano, á quien contesto:

—Yo tambien participo de tus creencias, y por eso deseo que te oiga mi hermano; tus sabias lecciones me han hecho conocer por largo tiempo la situacion, poder y recursos de todos los pueblos; no se me ocultan los de tu nacion, y no desconozco los poquísimos con que no puede menos de ocasionar al país desgracias sin cuento. Mañana partiremos á Fez, y tu hija y tu casa quedarán á cubierto de los accidentes que pudieran ocurrir durante tu ausencia.

Pocos momentos despues de esta entrevista partia un emisario para la Casa del Renegado con un pliego del gran califa, y este con Aliatar marchaban en direccion á la corte de Marruecos al siguiente dia de la anterior conferencia.

Mientras esto pasaba en el suelo africano, el general don Leopoldo O'Donnell, presidente del Consejo de ministros, reforzaba las guarniciones de Melilla y Ceuta, y hacia marchar numerosos cuerpos en direccion á Andalucía; al mismo tiempo disponia la reunion del Parlamento, sin que este incidente privase ni un solo instante el gran movimiento que se notaba en los departamentos de Guerra, Hacienda y Marina, cuyos jefes y oficiales apenas tenian tiempo de descansar ni comer. Reunidas las Córtes, les manifestó el ministro las novedades ocurridas en Africa, las satisfacciones y garantías que se exigian al sultan y las evasivas respuestas de este ó su gobierno; grito unánime resonó en los cuerpos colegisladores proclamando la guerra; grito que sucundó la nacion en masa en medio del mas patriótico entusiasmo, que conservó hasta la conclusion de la campaña. Nombrado general en jefe del ejército especionario el capitán general don Leopoldo O'Donnell, ministro de la Guerra y presidente del gabinete, organizó cuatro cuerpos de ejército, componiendo todos cuarenta mil hombres con setenta piezas de artillería, mil cuatrocientos caballos y una escuadra compuesta de diez y nueve buques con doscientos sesenta y dos cañones. En el mas breve término se halló provisto el ejército y la marina de todo el material que necesitaba para entrar en campaña, no escaseando nada absolutamente de cuanto podia contribuir al bienestar de las tropas que se dirigian á Marruecos: las milicias provinciales, ó llámase el ejército de reserva, se pusieron inmediatamente sobre las armas, y todo quedó arregiado en el más oreve y aun fabuloso término. El dia 7 de Noviembre de 1860.

se despidió de SS. MM. el general en jefe, y el mismo día salió con dirección á Andalucía para reunirse al ejército. El entusiasmo de la nación enteranada dejaba que desear á los valientes que partían á combatir por la honra de su patria; todos, todos los españoles se afanaban en ofrecer y dar muchos mas recursos de los que el gobierno necesitaba para combatir y triunfar; los partidos políticos, unánimes en esta ocasion solemne, compusieron uno solo y que no tenia otras aspiraciones que la gloria y el triunfo. Los pronósticos del anciano Aliatar en su conferencia con Muley-el-Abbas se habian cumplido en todas sus partes. El 18 de Noviembre dispuso el general en jefe el embarque del primer cuerpo de ejército á las órdenes del general Echagüe, operacion que se verificó en medio de las entusiastas aclamaciones de la ciudad de Algeciras que presenció el embarque: aquel mismo día pernoctó el primer cuerpo en Ceuta, y al siguiente, que eran los de nuestra reina, debia ser y lo fué, el primero que se señaló con la victoria: al amanecer de este día, y despues que la plaza hizo la salva de ordenanza, se dirigió el ejército al campo neutral, posesionándose en seguida del fortin que se titula el Serrallo, cuya morisma guarnicion le abandonó sin resistencia notable; el ejército acampó á su alrededor, colocando en la torre cuadrada la bandera del Rey, primero de línea; en la colocacion de las tiendas de campaña y formacion del campamento se pasó el resto del día, sin otra novedad que algunos disparos que á larga distancia dirigian los moros á nuestros soldados, á los que por desprecio no se contestaba. El jóven Julio, que pertenecia al batallon de cazadores de Madrid, no podia menos de tender la vista hácia la casa del Renegado que encerraba la mitad de su vida; esta se hallaba á la sazón en gran movimiento, pues las salvas de la plaza y el tiroteo de todo aquel habia atemorizado á sus habitantes que se disponian á abandonarla en aquellos momentos: las kabilas y moros de Rey en grupos numerosos coronaban las crestas mas elevadas de aquellas sierras, y por consecuencia la habitacion de Zoraida era un cuartel cabeza de un gran campamento. Julian y Marta la aconsejaron que abandonase aquella morada que al día siguiente debia ser el teatro tal vez de las escenas mas sangrientas; los tres montaron á caballo y se dirigieron á Tetuan guiados por el honrado Julian que era demasiado conocedor del terreno; acompañaban á la bella, sirviéndola de escolta, cuatro ginetes de la guardia negra cuyo jefe le habia encargado su custodia en virtud de la órden y ámplio seguro, que firmado por el califa, le habia presentado Zoraida; esta con la palidez de la muerte daba el último adios á su blanca vivienda en cuyo oculto subterráneo reposaban las cenizas de su tierna madre, ante las cuales y el Dios de los ejércitos habia ofrecido á un digno amante el corazon y su mano; estos tiernos recuerdos la hacian verter copiosas lágrimas, avivando su dolor la angustiosa idea de que Julio debia hallarse en el campamento cristiano, ó tal vez ha-

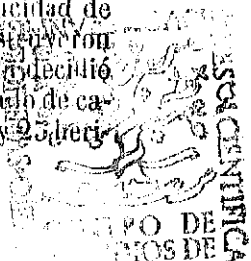
ber muerto en el combate que juzgaba el mas sangriento; dejémosles, pues, caminar por entre las breñas y ásperos matorrales de Sierra Bullones y volvamos la vista al Serrallo, en cuyas inmediaciones se hallaba acampado el primer cuerpo de ejército que esperaba nuevas glorias combatiendo con las agarenas huestes. Desde el dia 20 al 25 se ocupó una pequeña parte del ejército con los confinados en formar un campo atrincherado y construir un reducto, teniendo que sostener el resto de las fuerzas los continuados, aunque parciales ataques de la morisma, que parapetada entre las encinas y alcornoques, trataba de impedir los trabajos á que se hallaban destinadas algunas fuerzas; estos choques frecuentes diezaban, aunque paulatinamente, nuestras filas y las del enemigo, sin otro resultado que incomodar con tiros y escaramuzas que apenas se comprenden en los bien organizados ejércitos de Europa. El español tuvo que luchar en Marruecos desde el primer dia, no solo con un enemigo valiente y obstinado, sino con los elementos y el clima, que hicieron en pocos meses mas estragos en nuestras tropas que hubieran hecho cien batallas empeñadas por los mas aguerridos ejércitos que tiene el globo; efectivamente, la nieve y los aguaceros convirtieron el campamento cristiano en un lago ó lodazal en que apenas el soldado podia sentarse por causado que se hallara; los furiosos huracanes arrancaban las tiendas arrojándolas á largas distancias, y el mar embravecido obligaba á nuestros buques á refugiarse en el puerto de Aljeciras; con tan espantoso tempestal amaneció el 25. Como en los anteriores dias se distinguian algunos grupos de moros y se escuchaban algunos disparos, á las nueve de la mañana y cuando el ejército se disponia á comer el primer rancho, se vió acometido en todas direcciones por considerables fuerzas que despreciando las cerradas descargas de nuestros batallones y el certero fuego de la artillería rayada, tenían la obstinada pretension de apoderarse del reducto, aun no concluido, arrebatarnos algunas piezas y reconquistar el Serrallo; el bizarro batallon de cazadores de Madrid, protegido por el de Cataluña, recibió al enemigo con la sangre fria que le es proverbial, rechazándole en sus ataques y causándole considerable pérdida; el amante de Zornida, que pertenecia á dicho batallon de cazadores de Madrid, olvidó por primera vez sus amores sin ansiar en aquellos momentos otra cosa que la victoria ó la muerte. Las fuerzas enemigas se aumentaban considerablemente y la accion se hizo general; enormes masas reemplazaban con denuedo á las que destrozadas por la metralla y fusilería, se retiraban á reponerse; pero el horrible fuego que á quemarropa se hacia no fué suficiente á contenerles, y el arma blanca se vió vibrar en veinte mil manos; las gummies reemplazaron á las espingardas, y la bayoneta y machete á los cañones y fusiles. Los invencibles batallones de Madrid, Cataluña, Alcántara y Borbon tuvieron sus bayonetas en sar-

racena sangre. Los artilleros é ingenieros defendieron el reducto hasta con los machetes y palancas, y el resto del ejército no se quedó atrás de los batallones espresados: la accion del 25 pasó los límites de una batalla sangrienta, convirtiéndose en una horrible carnicería; duró hasta bien entrada la noche, en que nuestro ejército volvió al campamento; el bizarro general Echagüe perdió su caballo, muerto de un balazo, y de otro le llevó la segunda falange del dedo índice de la mano derecha; este desgraciado accidente le obligó á retirarse á Ceuta, entregando el mando al general Gasset. Los batallones de Madrid, Cataluña, Alcántara y Borbon tuvieron considerables bajas; las del enemigo fueron quintuplicadas por su falta de instruccion y por su obstinacion en tomar el reducto. Entre los muchos jefes y oficiales que se distinguieron en esta jornada se hallaba el imberbe amante de la hija de Aliatar, á quien se le propuso para la cruz de San Fernando. Concluida la accion, y á pesar del cansancio, la hechicera imagen de Zoraida turbaba el sueño de nuestro joven, y la Casa del Renegado le hacia olvidar las heroicidades de aquel dia.

CAPITULO III.

El general en jefe desembarca en Ceuta con el segundo cuerpo y el de reserva.—
Sangrientas acciones sostenidas para defender el campo atrincherado.

El 27 del mismo mes desembarcó en Ceuta el general en jefe con el segundo cuerpo á las órdenes del general Zavala, y algunos dias despues lo verificó el tercero á las del general conde de Reus, á quien se le puede llamar como á Massena, el ángel de las batallas. Los confinados é ingenieros, protegidos por una brigada, se ocupaban en perfeccionar el campo atrincherado y en hacer un camino en direccion á Tetuan, siendo molestados á todas horas por los disparos del enemigo, oculto entre las breñas y matorrales. El 30 de Noviembre volvió á atacar los reductos, de los que fue rechazado con considerable pérdida, siendo la nuestra la de 13 oficiales y 200 hombres fuera de combate; desde este dia hasta el 8 de Diciembre no ocurrió novedad notable, y por consecuencia se adelantaron los trabajos de trinchera, y se abrió dicho camino en direccion á Tetuan para el paso de la artillería y caballería. El 8 quiso el enemigo volver á probar fortuna, y embosecando una parte de sus fuerzas la noche anterior, aguardó a que, segun costumbre, se hiciese la descubierta, que verificada por cuatro compañías de cazadores, fueron cortadas por las fuerzas emboscadas, atacando otras el reducto con la tenacidad de costumbre: el 7.º de cazadores y el regimiento de Córdoba destruyeron sus planes, salvando á la descubierta, y una carga á la bayoneta decidió la accion que duró seis horas: el enemigo dejó el campo sembrado de cadáveres, teniendo nosotros la pérdida de 5 oficiales muertos y 25 heri-



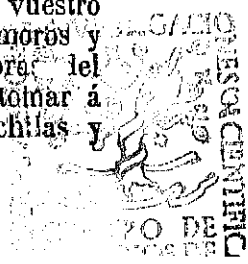
dos, y de la clase de tropa 85 de los primeros y 280 de los últimos. El 12 del mismo mes, la division del general Prim, que protegía los trabajos del mencionado camino, tuvo otra reñida accion entre el campamento y los Castillejos; pero reforzada con la brigada de Elío y tres batallones que conducía el general Gasset, tuvo que desistir de su empeño el enemigo, no sin haber sufrido una carga á la bayoneta y otra por 40 caballos, que le ocasionaron mas de 400 bajas, siendo la nuestra insignificante en este dia. El 13, Muley-el-Abbas á la cabeza de numerosas fuerzas de caballería é infantería, volvió á atacar nuestro ejército que acababa de oír una misa funeraria celebrada en el campo por las almas de los valientes que habian sucumbido en la campaña en honor de su patria y de la fé de su religion; considerables kabilas reforzadas por tropas regulares y mil caballos avanzaban por el boquete de Anghera; el tercer cuerpo mandado por el general Ros de Olano, rechazó al enemigo, no sin haber sido protegido por los del general Prim y Zavala que secundaron su esfuerzo. En este dia el teniente Julio que con su batallon ocupaba el terreno que hay entre el reducto de Isabel II y la Casa del Renegado, hizo prodigios de valor, desalojando al enemigo de sus posiciones á la bayoneta y entrando con su compañía en la misma casa, teatro poco antes de sus amorosas dichas; pero en estos momentos ya no existian los habitadores de aquel edificio: el estruendo del cañon les habia ahuyentado de aquella pacífica y agreste mansion, dejando en ella un tristísimo vacío que horrorizaba al jóven oficial mucho mas que los horrores de los combates; triste y pensativo recorrió con brevedad todas las piezas preguntando delirante por su amada, á que solo respondia el silbido del huracan, las detonaciones del cañon y el fusil y los lastimeros ayes de los moribundos. Horrorizado de aquella soledad salió de la casa, el combate habia cesado ya, y los moros huian despavoridos á esconderse en los bosques; sus bajas ascendian á 15.000 hombres, siendo las de nuestro ejército la de un oficial y 36 soldados muertos, y heridos 10 de los primeros y 140 de los últimos. En esta jornada se le dió el grado de capitán sobre el mismo campo de batalla. Las considerables pérdidas del ejército sarraceno no le habian escarmentado ni convencido de que le era imposible el batir á los bizarros nietos de San Fernando é Isabela la Católica; y el 20, 22 y 25 del mismo se repitieron los combates, añadiendo triunfos á nuestras armas y rechazando, como siempre, á la morisma con pérdidas de consideracion. El 28 llegó la escuadra á Ceuta, y el 29 hizo rumbo á Cabo-Negro con objeto de destruir las fortificaciones que tenian los moros en la embocadura del Rio-Martín para defender el paso á Tetuan. El 30 se verificó en pocas horas la destruccion de los fuertes, y el 31 se dió la orden para que al dia siguiente saliesen con el cuartel general, racionados por seis dias, la

division de reserva, el segundo cuerpo de ejército, dos escuadrones de la Princesa y cuatro baterías; el resto del ejército quedó en el campamento. Así terminó el mes de Diciembre, después de trece sangrientos combates, un temporal furioso y una mortífera enfermedad que diezaba nuestras falanges más que el hierro y el plomo del enemigo.

CAPITULO IV.

Gran batalla de los Castillejos.—Una hermosa y desconocida cantinera se presenta en el combate y auxilia á los combatientes y heridos.—Acciones parciales y operaciones del ejército en direccion á Tetuan.

El 1.º de Enero de 1860, la division de vanguardia á las órdenes del conde de Reus, trepaba las montañas en direccion á los Castillejos y Casa del Marabut; seguiales el cuartel general con el general en jefe, y detrás de este el segundo cuerpo con el general Zavala, que lo mandaba aun hallándose enfermo; roto el fuego por una considerable fuerza enemiga, el general Prim, puesto á la cabeza de sus tropas, le fué desalojando de posicion en posicion hasta que logró apoderarse de la Casa del Marabut, limpiando el bosque de enemigos los certeros tiros de nuestra artillería de tierra ayudada por la de mar que desde los buques hacia el mas nutrido fuego: dos escuadrones de húsares descendieron al llano, y por consecuencia el valle de los Castillejos se hallaba tomado por nuestras tropas; reforzado el enemigo por considerables fuerzas tornó á presentarse con mas ímpetu, reconquistando las posiciones que habia perdido, posiciones que por tres veces fueron tomadas y abandonadas por nuestros soldados. Los escuadrones de húsares cargaron repetidas veces, llegando su arrojó á tal extremo, que muchos de sus caballos penetraron en el campamento enemigo destruyendo algunas tiendas y matando á los que desde ellas les hacian fuego: la pelea era tenaz, ruda y sangrienta, y el cansancio se iba apoderando de los combatientes, tanto, que el regimiento de Córdoba tuvo que dejar las mochilas en un cerro, que intentaron recobrar los moros para apoderarse de ellas, acudiendo á él con tal obstinacion y tan gran número que hizo vacilar por algun tiempo á nuestros soldados: en tan críticos momentos, el general Prim coje las banderas de los batallones de Córdoba, y adelantándose solo hasta el cerro por medio de repetidas granizadas de balas, dice en alta y con sonora voz: «Soldados, en estas mochilas está vuestro honor, venid á recobrarlo; si no, yo voy á morir entre los moros y á dejar en su poder vuestra bandera.» Las elocuentes palabras del general y su voluntad de hierro obligaron á los soldados á tomar á la bayoneta las posiciones enemigas, recobraron sus mochilas y



dispersaron aquellas enormes masas en todas direcciones; siendo el resultado de esta sangrienta batalla la de tener el enemigo mas de 2.000 bajas, consistiendo la nuestra en un brigadier, 13 jefes, 55 oficiales y 400 de la clase de tropa heridos, y 7 oficiales y 63 soldados muertos. Entre las justas recompensas que se dieron por esta memorable jornada, que elevó al conde de Reus á la categoría de grande de España con el título de marqués de los Castillejos, aparece la del teniente Julio, á quien se hizo capitán sobre el campo de batalla por los distinguidos méritos que contrajo en ella.

El campo de los Castillejos, tinto de sangre y cubierto de cadáveres, presentaba un aspecto triste y desgarrador; al estruendo del cañon y crujido de las armas habia sucedido un pavoroso silencio que solo era interrumpido por los lastimeros quejidos de los moribundos y los angustiosos gritos de los heridos. Por enmedio de estos campos llamaba la atencion de nuestros guerreros una graciosa cantinera, que con la ligereza del gamo, y cual el genio celestial de aquellos bosques se la notaba discurrir por todas partes socorriendo á los heridos y moribundos, repartiendo hilas y vendajes, dando agua y vinagre azucarado á unos, aguardiente á otros y consuelos á todos; la acompañaba un robusto mozo, y la seguia como un cariñoso faldero un blanco y hermosísimo caballo con algunos sacos y barriles



de provisiones y líquidos; esta deidad de aquellas sierras era enteramente desconocida de nuestro ejército, pues sin duda era la prime-

ra vez que se ofrecia á su vista. En vano los curiosos la buscaron despues del combate: la cantinera habia desaparecido del campo despues de haber llenado los deberes mas piadosos, benéficos y consoladores en que puede emplearse una mujer. Desde este dia hasta el 10 del mismo mes ocupó nuestro ejército sucesivamente el Valle-Manuel, alturas de la Condesa, Rio-Capitanes y las elevadas crestas de Monte-Negron, teniendo que sostener en todos estos dias diferentes acciones para arrojar al enemigo de dichas posiciones; el temporal era furioso y los buques no podian llegar á la rada con los suministros para el ejército; se puso á este á media racion para añadir á las penurias de los combates, del temporal y enfermedades, la del hambre; de esta se libertaron el dia 10 referido, en que, á pesar del recio temporal, pudo arribar nuestra marina á la ria de Tetuan y proveer á nuestro ejército. Tambien desembarcó la division del general Rios el dia 14, en que hubo otra accion para tomar las alturas que dominan al pintoresco valle de Tetuan y hacernos dueños de la embocadura de la ria, operacion que se logró realizar sosteniendo un combate encarnizado, y apoderándose nuestros valientes de la Aduana. Hasta fines de mes no se pasó un solo dia sin una accion gloriosa, y en todas ellas aparecia la encantadora cantinera, ocupándose en socorrer á los heridos y dar aguardiente, agua y cigarros á los combatientes; pero luego desaparecia sin que fuese posible hallarla en todo el campo; las demás cantineras la desconocian, y el ejército tambien. ¿Quién seria, pues, esta belleza que desde la batalla de los Castillejos se ofrecia á la vista de nuestros guerreros los dias de combate, y desaparecia despues? No se sabe. El 4 de Febrero se hallaban los ejércitos acampados uno enfrente de otro y á muy poca distancia; el de Muley-el-Abbas, en las alturas contiguas á Tetuan, y el nuestro desde la Aduana hasta tiro de cañon del enemigo. Al toque de diana se puso todo el ejército en movimiento, menos la division Rios que quedó guarneciendo la Aduana y fuerte de la Estrella; la division Prim avanzaba por la derecha, y la de Ros de Olano por la izquierda márchando la artillería por el pantanoso llano de Tetuan: el enemigo, desde su campo atrincherado, rompió un vivísimo fuego sobre nuestras masas que avanzaban en silencio hácia sus trincheras sin que este ni las balas y metralla que despedian sus baterías fuese bastante á contener el arrojido de nuestros soldados, que con el mayor orden y silencio se acercaban al campamento enemigo; las bandas de cornetas y tambores resonaron en todo aquel ámbito, tocando el paso de ataque, á cuyo terrible toque los bizarros batallones que mandaban los generales Prim y Ros de Olano cargaron á la bayoneta, penetrando en las trincheras, que abandonó el enemigo vergonzosamente huyendo despavorido en direc-

cion á las escabrosidades de Sierra Bermeja; dejando en nuestro poder 800 tiendas de campaña de 25 hombres de cabida cada una, dos banderas, toda su artillería, pólvora, bagajes, multitud de armas y el campo sembrado de cadáveres; nuestra pérdida consistió en 40 oficiales y 60 soldados muertos, y 70 jefes y oficiales heridos y contusos, con 966 soldados fuera de combate; entre los heridos se hallaba el enamorado Julio, que ya habia ascendido á capitán: una bala le habia atravesado el brazo derecho por el que vertía la sangre á torrentes; sus soldados le rodeaban tratando en vano de contener aquel derrame, cuya falta reunida á la fatiga de aquel día le ocasionaba una sed devoradora; Julio pedía á sus soldados agua, agua; un valiente cazador de su compañía corrió á buscarla, y á los pocos instantes se abria paso por medio del círculo de soldados que rodea-



ba á su jóven capitán; á su lado venia una cantinera trayendo en la mano un cántaro con vino, agua, limon y azúcar; al dirigirse al herido para satisfacer su sed, cayó desmayada en sus brazos, y el capitán lanzó un agudo grito; la tropa miraba asombrada aquella escena; los soldados que se habian apoderado de la limonada ó del cántaro durante el desmayo se la ofrecieron al capitán, pero este, antes de satisfacer su rabiosa sed, mandó rociasen la frente de la cantinera, que al volver de su desmayo apretó al capitán contra su corazón exclamando:

— ¡Oh Julio!

— ¡Oh Zoraida! respondió el capitán oprimiéndola contra su seno que palpitaba de alegría.

Repuestos los dos amantes de estas tiernas cuarto fuertes emociones, satisfizo su sed Julio, y bebió tambien su amada una buena parte de la limonada que ella no creia pudiera probarla su amante; en seguida sacó un pomito con un bálsamo, y empapando unas hilas en él, las aplicó á la herida sujetándolas con una venda: los compañeros de Julio, que concluida la batalla le buscaban con ansiedad, llegaron cuando ya se hallaba curado, y cerciorados de una parte del feliz encuentro que habia temido, le condujo la bella cantinera á una cómoda tienda de las muchas que se habian cogido al enemigo. Sentados en el fondo de ella, suplicaron á Zoraida le relacionase sus aventuras, y Julio, como interesado mas en saberla, reiteró las súplicas de sus curiosos compañeros; Zoraida, que no deseaba otra cosa que complacerle, tomó la palabra y les hizo la relacion siguiente:

«El dia que el ejército español se posesionó del Serrallo abandoné mi casa, y en compañía de mi criado Julian y mi nodriza Marta me dirigí á Tetuan, en cuyo punto, me decia mi padre, nos reuniríamos en breves dias; él me escribía desde Fez adonde se hallaba al lado de Muley-el-Abbas; llegada á Tetuan me instalé en casa de un rico judío, con quien mi padre tenia grandes relaciones comerciales; pero viendo que aquel no parecia y que los moros cometian mil escesos en la poblacion, me decidí á abandonarla y pasar á vuestro campo; para lograr mis fines me hice el traje de cantinera que veis, y acompañada de Julian y Marta salí de la ciudad proporcionándome el judío los bastimentos que he conducido á los combates; Marta, provista de una cantidad de oro, la hice pasar á Algeciras, y desde aquel punto me remite, cuando hay proporcion, abundantes provisiones, que regalo á vuestras tropas el dia de batalla: desde la de los Castillejos me he presentado en todas las que habeis tenido; pero en vano, oh Julio, te he buscado por todas partes, pues nunca he podido hallarte hasta este dia, y hubiera creido habias perecido en algun encuentro, á no presentir mi corazon que aun existías; concluidas las acciones me retiraba con Julian á los bosques, no volviendo á aparecer en vuestro campo hasta que se ofrecia una nueva batalla.»

Aquí llegaba la bella Zoraida de su relacion, cuando se sintió el relincho de un caballo á la puerta de la tienda; este es mi Ali, exclamó Zoraida, y se dirigió á la puerta de la tienda. Efectivamente, era un hermoso caballo blanco que, cargado de provisiones, seguia al buen Julian; este la dijo que la habia buscado muchas horas hasta que unos soldados le habian guiado hasta la tienda donde se hallaba; Julio, á su vez, satisfizo la curiosidad de sus compañeros, manifestándoles que hallándose de guarnicion en Ceuta habia pedido licencia á sus jefes con objeto de ir á cazar unos dias; que en esta cacería habia llegado hasta la Casa del Renegado, donde conoció á Zoraida y á su padre, que una y otro le habian obsequiado con demasia, por cuya razon repitió las visi-

tas, hasta que el trato y la hermosura de Zoraida le hicieron concebir hácia ella la pasión mas vehemente: no omitió ninguna circunstancia de cuanto le habia ocurrido, no olvidándose de la noche que bajó al subterráneo, altar y efigies que vió en él, y los juramentos que mutuamente se habian hecho; por cuya relacion quedaron convencidos los circunstantes de que Zoraida y su padre eran cristianos.

—Mi verdadero nombre es Isabel, dijo Zoraida, y el demi padre Jorge; mi madre murió apenas ví yo la luz del dia, y se halla depositada en la urna del subterráneo; Marta, Julian y el negrito Cárlos, que acompaña á mi padre, profesan tambien la religion católica, aunque todos pasamos en el país por árabes para ponernos á cubierto de su feroz fanatismo: mis padres son españoles, y emigraron á este país en el año de 1823 á consecuencia de opiniones políticas, muchos años hace que Muley-el-Abbas nos honra con su amistad, y nosotros le apreciamos mucho; pues aunque de diferente religion, es un bello príncipe, cuya civilizacion y buen criterio en nada se asemeja á la de sus compatriotas, entre los que me cuento yo, pues que nací en este país.

Así concluyó Zoraida su historia, que escucharon con placer Julio y sus compañeros. Llegada la noche todos se trasladaron á otra tienda inmediata, dejando á Zoraida en la que acababan de abandonar por el decoro de su persona; Julian se acostó á la puerta, y todos se entregaron al descanso que tanto necesitaban.

CAPITULO V.

Rendicion de Tetuan.—Proposiciones de paz por Muley-el-Abbas.—Gran batalla de Vad-Ras.—Muerte de Aliatar.

El dia 5, el general en jefe intimó la rendicion á Tetuan, y el 6 ocupó la plaza sin la menor resistencia, nombrando gobernador de ella al general Rios; se nombró tambien una municipalidad mora y se hicieron algunas reformas en la ciudad, aseándola cuanto fué posible; el ejército acampó á sus inmediaciones, no quedando en ella mas que la guarnicion necesaria. Zoraida volvió en casa del judío amigo de su padre, y Julio la acompañó en consideracion á hallarse herido. El ejército necesitaba descanso antes de dirigirse á Tánger, y tambien provisiones para muchos dias; precisaba un gran número de camellos para conducirlos, y, por fin, carecia entonces de lo mas necesario para emprender un movimiento tan arriesgado: por tanto, descansó algunos dias, no sin dejar de hacer los oportunos reconocimientos en direccion á Tánger. El 14 se presentaron los emisarios de Muley-el-Abbas pidiendo la paz; el general en jefe no les pudo dar una respuesta afirmativa hasta consultar con el gobierno: el 17 se la dió fijando las

condiciones ó bases con que podía aceptarla. Sin que ocurriera nada de particular desde este día hasta el 11 de Marzo, en que los moros ocuparon las alturas de Sierra-Bermeja, atacando la izquierda de nuestro ejército, el que los rechazó victoriosamente desalojándoles de todas sus posiciones.

El 12 tornaron á proponer la paz, que el general en jefe desatendió por haber ya impuesto las condiciones de ella el 17 del mes anterior, y en la mañana del 23 se puso en movimiento el ejército en dirección del Fondack, dirigiéndose con el mayor orden por el estrecho valle de Vad-Ras, que debía servirles de paso á aquel punto: considerables fuerzas enemigas de infantería y caballería ocupaban las gargantas y desfiladeros por que debían pasar nuestras columnas sobre las que rompieron el mas nutrido fuego; los certeros tiros de nuestras piezas rayadas y dos cargas á la bayoneta hicieron retroceder á las masas moriscas, pero reforzadas una y otra vez por considerables fuerzas, volvió á rehacerse el combate, que fué cuerpo á cuerpo y con arma blanca por algunos cuartos de hora: el campo se hallaba teñido de sangre y cubierto de cadáveres, los moros fueron arrojados al fin de todas partes haciéndoles huir hasta el campamento del Fondack. Nuestra pérdida consistió en un jefe, 6 oficiales y 130 soldados muertos: y 11 jefes, 90 oficiales y 860 soldados heridos. Esta batalla que fué la última, fué, sin duda, la mas sangrienta y encarnizada de las que se dieron en el suelo africano; con ella se puso fin á una campaña que nos honra y nos pone al nivel de las primeras potencias de Europa. Al bizarro y entendido general en jefe, duque de Tetuan, á los demás generales y al valiente ejército, debe la nación española un reconocimiento eterno, como lo es su nombre en los Dos-Mundos.

¶ A los pocos días de esta memorable jornada se firmó la paz con las condiciones impuestas por el gobierno español y el general en jefe. Estas se reducian á que el emperador de Marruecos nos indemnizase los gastos de la guerra con 400 millones, que debían entregarse desde Julio hasta Enero: el ensanche de territorio por la parte de Ceuta y Melilla; darnos un puerto contiguo al Mogador, y tomar las oportunas medidas á fin de que por las kabilas no vuelvan á repetirse los excesos que dieron márgen á esta campaña; enviar á Madrid un embajador, y abrir las relaciones comerciales como con la nación mas amiga.

Mejorado Julio de su herida, salió de casa para reconocer á Tetuan, á quien no habia visto mas que de paso, y al llegar á la plaza se halló con Carlos, el morito que habia acompañado á Fez al padre de Zoraida: este le informó que su amo hacia tiempo que se hallaba en Tetuan gravemente enfermo, pues habia desfallecido desde el momento que supo que Zoraida habia desaparecido y á quien concep-

tuaba muerta; inmediatamente, Julio y Carlos se dirigieron á buscar á la jóven, y todos tres se apresuraron á llegar á la casa donde se hallaba el enfermo: un sacerdote de uno de los regimientos que guarnecian á Tetuan se hallaba á la cabecera de la cama en que yacia el doliente; Julio y Zoraida corrieron á abrazarlo. Aliatar, á quien desde ahora llamaremos Jorge, reconoció á su hija y á Julio, y les tendió con ternura su helada mano.

—Hijos míos, les dijo, el cielo me ha concedido volveros á ver antes de abandonar este valle de lágrimas; ya he recibido los consuelos de nuestra santa religion, y esta y el Crucificado me hacen probar la dicha de morir entre vosotros: os dejo, hijos míos, pero antes dadme el consuelo de prometerme que os amareis siempre, que vivireis juntos y felices, siendo el modelo de los esposos.

Julio tomó la mano de su amada, y los dos se arrodillaron al pie del lecho del dolor y la muerte: el sacerdote vertía copiosas lágrimas y se confundian con las de estos dos jóvenes: estos prometieron solemnemente ser uno del otro para siempre: el enfermo les echó la bendicion, dirigió sus lánguidos ojos al cielo y exhaló su último suspiro. Un tétrico y pavoroso silencio reinaba en la pieza en que pasaba esta desgracia: los sollozos tan solo interrumpian la quietud y el silencio. Los dos jóvenes y el sacerdote oraron fervorosamente al pie del lecho mortuario, que por fin abandonaron, caminando lentamente en direccion á la casa habitacion de Zoraida ó la bella Isabel.

Al siguiente dia, las campanas de la iglesia católica en Tetuan, erigida por nuestro valiente ejército, tocaban á muerto, y en sus alares se celebraba la misa funeraria de Jorge Sanz, capitan que fué del ejército español en los años del 20 al 23.

FIN.